

NOS DEJO SU EJEMPLO

Un Obispo Santo:

Mons. José Humberto Paparoni

Sólo fué hace un año. Quedó tronchado en su alborada episcopal. Cuando "como gigante" rompía su largo caminar (1). Entre sus papeles se encuentra un apunte perdido: "En estos tiempos de corrupción el Señor tiene que exigir víctimas". El fué una de ellas. Las viejas tierras de Anzoátegui, tras el reseco estíaje espiritual de siglos de abandono, necesitaba riego fecundo. Y el Señor se lo envió de buena agua. Está acabando aquellos memorables y decisivos ejercicios espirituales en la Cartuja de Lucca, y anota en su diario:

"28 (julio 1948), Miércoles. Hoy termino mis ejercicios espirituales. Asisto a los maitines de la noche. Amenecer un poco débil, mareado, pero mi Jesús me socorre, y puedo celebrar bien la Santa Misa. Celebro en la capillita del "Preciosísimo Sangue": Una imagen de la Stma. Virgen con el Niño que sostiene un cáliz en sus manos y lo ofrece... Allí celebraba Don Bernardo María (2). Aplico por la santificación del clero y por Venezuela".

¿Presentaría ya que su vida sería una ofrenda dolorosa coronada por el holocausto?

Tras un año de silencio, el que dejan en pos de sí los muertos, con ciertas perspectivas históricas, y ya posados los hechos, nos atrevemos, tal vez con imprudente atrevimiento, a adentrarnos en el alma hermosa del primer pastor de Barcelona. Cuesta un poco franquear la entrada. Hay algo de misterioso e inaccesible en ese umbral de la personalidad interior de Mons. J. H. Paparoni.

"Era Mons. Paparoni, escribe uno de sus sacerdotes que más intimaron con él, moreno, a veces se le veía muy pálido y de sus ojos negros parapetados en gafas doradas, parecían hechos para contemplar el Estado Anzoátegui con todas sus riquezas y progresos, con todos sus incommensurables problemas y con todo su contenido de miseria y desgracia sin fin. El andar rápido y señorial era el símbolo de su paso por el mundo. Pasó por esta tierra decidido, dominándolo todo espiritualmente con su gallarda e inquebrantable fe. Fue esta virtud, "raíz fundamento de toda justificación" la luz que iluminó su actividad intensa, sus proyectos y la solución de tantos problemas del alma y del cuerpo. Siempre tuvo presente aquello del P. Pierre: "El hombre tiene un alma, pero antes de hablarle de ella hay que cubrirlo con una camisa y un techo; después se le explicará lo que tiene allí dentro".

Mons. Crisanto Mata Cova, actual obispo de Cumaná, fraterna y estrechamente vinculado a

Mons. Paparoni con múltiple lazo, nos traza una certera y lograda semblanza del Obispo de Barcelona:

"Con la muerte de Mons. Paparoni muchos lloran y sienten el vacío de una profunda orfandad... Mi vida episcopal llora una inconsolable soledad. Unidos en el afecto con lazo indestructible, formábamos un alma de seguridad plena y confianza ilimitada. Nos encontrábamos siempre en las angustias del apostolado y sobre todo en las angustias que agujoneaba la caridad. El Obispo hermano, certero en el ideal y violento en la ejecución como flecha corria hacia el triunfo de su única causa: Cristo. El SAGRARIO, acompañado de su Virgencita Madre, y el estudio sereno, eran sus mejores armas que le daban calor y luz en el celo de las almas".

"El episcopado del joven Obispo hacía vibrar la gravísima responsabilidad que en sí encierra ante la conciencia de la Iglesia y las exigencias de los pueblos. Esa responsabilidad episcopal, lealmente sentida, no entendía componendas de ningún género ante nadie. Vivía el hecho de que la cuenta de las almas se le rinde a un juez insobornable, que si es pura misericordia, transita por una sola línea: la verdad. Sí, sí, no, no. Algunos rasgos de dureza en cierta postura, eran vivos reflejos de la postura de Jesús con los traficantes de las cosas santas las hipocresías de los príncipes de los Sacerdotes y las bajezas del poderoso Herodes. Muchas penas le depararía indiscutiblemente su Episcopado de una sola pieza ante la versatilidad de los hechos y de los juicios de los hombres. Comprensivo ante las flaquezas del ignorante y las miserias de los pobres, era indomable ante el orgullo y la injusticia de los grandes. Y para unos y para otros era todo un corazón de padre hasta enormes sacrificios cuando se trillaba el camino enseñado por Jesús" (3).

"No nos dejó, como brillantemente desarrolla Mons. Maradey en su oración fúnebre en la catedral de Barcelona, muchos muros, ni policromos vitrales de las góticas iglesias... pero sí que nos dejó su ejemplo, y abrió surco de luz, de santidad. Y su huella persiste aún profunda y orientadora. El pueblo suyo, a quien tanto amó, le puso su sobrenombre: "El obispo santo", y no se resignaba a perderlo.

Manos fraternarles, delicadas y amorosas han puesto en nuestras manos un trozo palpitante de la vida sacerdotal del "siervo bueno y fiel", una preciosa libreta manuscrita en que durante un año, trascendental en su vida, va consignando su vida espiritual, documental sincero de su crecimiento en Cristo, de su dura lucha ascética, luminoso autorretrato, sin afares exhibicionistas. En él aparece su figura de cuerpo entero con sus afares apostólicos, sus ansias de santidad, sus limitaciones humanas, su salud endeble, la gama de sus faltas y, sobre todo, aquel constante batallar para llegar a ser "capitán de sí mismo", que tan gráficamente expresa en su diario".

"28 (abril 1949). — Hoy, al principio del día tengo varios lamentables tropiezos; suma impaciencia, y con ella arrastro mi apostolado... Veo en esto al Humberto impetuoso y cegado que ya debía estar muerto desde aquel 8 de abril (su sacerdocio)... ¿Agoniza ya? Lo cierto es que a

(1) Mons. Dr. José Humberto Paparoni Bottaro nació en Santa Cruz de Mora (Edo. Mérida) el 3 de septiembre de 1920. Ordenado Sacerdote en Roma el 8 de abril de 1944. Consagrado Obispo de Barcelona el 8 de diciembre de 1954. Murió el 1 de octubre de 1959.

(2) Don Bernardo María: Mons. Montes de Oca, doblemente confesor de la Fe y sacrificio por la barbarie nazi.

(3) Boletín Eclesiástico. Provincia Oriental, sept.-oct. 1959, págs 13, 14.

veces da golpes, de gigante herido. Es mi campo de batalla bien definido".

Esta preciosa película de su vida que se extiende desde el cinco de julio de 1948 hasta el catorce del mismo mes de 1949 encierra en sí los dos últimos meses de su estancia en Italia y sus primeros afanes pastorales en la patria y en la parroquia de Tovar (Mérida), de la que es nombrado vicario.

La partida de Roma desgarró su corazón. Sus diez años (octubre 1938 - sept. 1948) de estancia en la ciudad santa lo han "romanizado" de tal forma que Roma es "su ciudad", por ella suspira desde su rincón andino:

"14 (junio 1949)... Recuerdo con frecuencia mi inolvidable Roma y me dan ganas hasta de llorar... Jesús mío, ¿por qué pusiste en esa ciudad tantos encantos religiosos?"

Pero más que la de Roma le desgarró la ausencia de "sus muchachos", de los seminaristas de la tercera Camerata, entre los que ha dejado una huella imborrable. Estos muchachos, entre los que ha convivido como prefecto tantos años, le quieren con todo su corazón y él les sabe corresponder. Desde Tovar su corazón se transporta hasta su querido Pío Latino, y su oración sacerdotal se acompaña al ritmo de su corazón:

"4 (agosto 1948). — ¡Cómo he amado a mis muchachos! ¡Ni yo mismo me había dado cuenta de quererlos tanto! Mi oración que me consuela es pedir que se formen Sacerdotes según el Corazón de Cristo..."

Destaquemos de estas páginas íntimas de su diario algunos rasgos que nos ayuden a reconstruir su alma. Su santidad no es de almibar, y se encuentran pocas florecitas de papel en estas páginas que el tiempo empieza a desgastar. Si alguna alma mojugata se escandaliza, a muchos otros, como me ocurrió a mí, estas líneas les empujarán hacia arriba, les invitarán a la ascensión espiritual.

El Señor le hizo jinete de un indómito caballo, su naturaleza, y la doma fue trabajosa. Y EL quiso poner su firma sangrienta bajo la página bien llena.

Hombre de oración: Antes de emprender la vuelta a Venezuela quiere fortalecerse con los ejercicios espirituales, que los hace con terrible seriedad. Prevé las luchas que le aguardan. Lleva cinco años de sacerdote y Dios le espera en estos días de paz, "me encuentro ahora como en el reino de la Paz", en la soledad de Cartuja. Y escribe en su diario:

"Quiero sacar dos buenos propósitos: Espíritu de oración —observando el tiempo de la meditación—, dominio de mis afectos, evitando todo acto de impaciencia"... (21 julio 1948).

Para prepararse a recibir las gracias del Señor se priva del desayuno, se levanta a medianoche, duerme en el suelo, lleva el cilicio hasta el mediodía, y sobre todo se clava en oración, con terca insistencia. En la meditación de la Encarnación se traza a grandes rasgos su programa de vida esperitual, que condensa así:

"Mi verdadero ideal: No pensar sino en Jesús, y obrar según su pensamiento en todo. La importancia del apostolado está siempre en ra-

zón de la mayor o menor contribución del apóstol a la realización de la misión divina: recreación y perfeccionamiento de la "Imagen divina" en las almas. Todo lo demás no vale nada: tener fajas moradas o verdes, motes, títulos, etc., no vale nada en sí mismo sino en cuanto preste mayor eficacia al fin".

Y más tarde:

"Entrega total a Jesús. De eso no me queda la menor duda. ¿Bajo un vestido negro o blanco? ¿Con faja o sin ella? ¡En cualquier hipótesis, con un corazón hecho ascuas por EL!"

Su reforma, al finalizar sus ejercicios en su "amada soledad cartujana", nos da la clave de su vida espiritual en los 11 años que aún le quedan de fecunda existencia:

"Propósitos": 1) Media hora de meditación todos los días, hecha según mi tendencia contemplativa.

2) Examen particular bien determinado. Materia: la paciencia en las palabras y los gestos, las murmuraciones, las discusiones, etc. Por el momento tomó el primer miembro.

3) Grande mansedumbre con el prójimo.

4) Inmolación total por Jesús y por las almas.

5) Leer un párrafo diario de la Imitación de Cristo.

6) Buscar un P. Espiritual completo.

Los principales frutos de estos ejercicios creo que han sido: a) aumento en amor a Jesús; b) manifestado de manera especial en el amor a las almas; c) despegue de las criaturas terrenas; d) grande entrega a la voluntad de Dios, como un niño que se echa confiado a los brazos de su madre. Esta debe ser mi primordial disposición, y hacer de ella como una segunda naturaleza; e) aumento de amor por la pureza y mayores gracias para su conservación.

Penitencias: El cilicio todos los días para la Sta. Misa. Alguna disciplina siempre que lo pueda hacer con discreción. Lo mismo sobre el dormir en el duro suelo, atendiendo también a la salud. Se añade a esto todo lo que me sugiera la buena voluntad.

Votos: De pobreza y obediencia, hechos según el dictamen de mi P. Espiritual. Voto de no aceptar dignidad eclesiástica. Esto lo dejo al arbitrio del Director espiritual.

Cartuja de Lucca, 27 de julio de 1948".

Y este su plan lo procura cumplir día a día a pesar de la urgencia del ministerio, a pesar de una salud que se resiente, y cuando decae no se quiere justificar, y trabaja por recuperar lo perdido. Día a día va anotando en su libreta, y trabaja por recuperar lo perdido. Día a día va anotando en su libreta el cumplimiento de su "deber de oración", de su examen de conciencia, y cuando, por cualquier circunstancia, quedó acortado el tiempo de su oración matutina, lo sustituye por una "visita supletoria" al Stmo. Sacramento. La gráfica de su oración se mantiene más o menos horizontal con algunos huecos de vez en cuando, compensados con vigorosos esfuerzos ascensionales. Se le hace dura la meditación, pero persevera en ella en espíritu de fe y de amor a Cristo:

"Med. Doy tiempo aunque soy un pobre en consideración; deseos de amar a Jesús y de predicarle, pero al mismo tiempo voy perdiendo la comunicación con El, como que nos vemos y yo me quedo sin nada que decirle. ¡Oh mi Amor! Jesús mío, no te olvides de mis actos de generosidad y consérvame en ese estado de ánimo"...

El cansancio, el duro trabajo del confesionario, y la actividad pastoral redoblada en la santa cuaresma del año 1949 le van llevando insensiblemente a una disminución en el fervor y en la orientación. En ocasiones como que intenta justificarse, pero pronto reconoce sus negligencias. Su diario traduce su ansia y su inquietud:

"Med. Por un 1/4 de hora. Poca concentración. Examen: Yo noto mi alma muy vacía y voy perdiendo mi unión con Dios; se debe a la vida exterior que llevo".... (21 marzo 1949).

"Med. Un 1/4 de hora solamente. Noto empobrecimiento de espíritu y menos delicado con mi Señor; éso se debe a la falta de meditación. Debo hacer un esfuerzo".

Advierte que su caballo se le encabrita, que necesita más reposo y más oración:

"Med. La suplo un poquito en la noche, pero su vacío se hace sentir por todo el día... Examen: En la confesión tengo tres o cuatro manifestaciones de impaciencia, atribuidas a la falta de siesta y meditación"....

Siente ansias de "gastarse por Dios y por las almas" y por otra parte se siente "disgustado de sí mismo", pero sabe reaccionar valientemente y da aquel paso al frente gallardo y decisivo que va a determinar su vida:

"10 de junio. Viernes. INICIO hoy mi sistema de mañanear, quitando al sueño la media hora necesaria para la meditación. Deseo ser fiel a esta determinación, porque la meditación me estaba fallando demasiado"....

Y será fiel. Y ya de Obispo no será sólo la media hora de oración, y las visitas más o menos intermitentes al Sagrario, sino las largas horas ante "su Señor Sacramentado" postrado en humilde y profunda adoración. "Yo creo, me decía uno de sus sacerdotes que convivió estrechamente con él, que se pasaba de dos a tres horas diarias ante el Stmo. Sacramento". Y me refería entre otras hermosas anécdotas de su vida consagrada a Cristo y a las almas, que alguna vez que volvía él de su ministerio a avanzadas horas de la noche el obispo corría a abrirle la puerta. No tenía más que levantarse del Sagrario...

Luces y sombras: Sólo en la vida de Cristo hay únicamente luces. En las nuestras, aun las de los santos, predominan las sombras. Pero el Señor sabe sacar la luz del caos de las sombras y de la noche en sus escogidos. Y en la corta existencia de José H. Paparoni no podían faltar las sombras. Sobreabundaron, sin embargo, las luces. Más de uno de los que se acercaron a él no pudo atravesar la zona de sombras; o no quiso. La concha resistente, y punzante a veces, guarnecía un precioso licor. El mismo protagonista se extraviaba en su "cono sombrío", y en su diario. La última página de su libreta (1948-1949) condensa en breves líneas su diario batallar:

"Durante el día sol, lluvia, después... En la Santa Misa normalidad. Med. 1/2 hora sin concentración. Suplo a ésto con la lectura espiritual. Examen: Caigo hoy en una fuerte murmuración en que manifiesto la soberbia sutil. Oigo con gusto otras... Así termina este día en que la ex-

periencia me enseña una vez más cómo sólo soy capaz de los delitos más atroces. Jesús mío, sostenedme, y llevadme a donde Tú quieras!!!...

Durante su vida sol, y lluvia después. Dios no, le regaló "un alma bendita", sino un carácter enérgico, impulsivo e impaciente. Su vida fue un continuo y doloroso frenarse, o un retroceder humilde y contrito tras el impulso demasiado humano. "Arrebatos de ira, impaciencias, palabras violentas, duras, formas indelicadas, arranques no dominados, regaños con dureza", etc., son fórmulas que emplea a menudo en su diario para expresar sus desbordamientos de carácter. "Si quiero dominar a los demás, consigna el 12 de marzo, debo dominarme a mí mismo antes. El hombre que triunfa es el que tiene dominio de sí mismo".

"Tengo un acto de descontrol que me echa al suelo toda una obra de suma importancia; con un acto de paciencia hubiera tenido al menos mayores posibilidades de arreglo. Jesús mío, tú ves que no soy capaz de asumir cosas de responsabilidad".... (25 abril 1949).

También las faltas de la lengua le humillan, y frecuentemente se queja en su diario de "lengua suelta, imprudencia en el hablar, lastimar en el hablar la fama del prójimo, críticas, palabras irreflexivas, quejas injustas..." Emplea con frecuencia su examen particular para corregirse de estos defectos, y no se perdona nada en esta materia de la caridad que tan hondamente lleva impresa en su corazón.

A veces le tienta la vanidad, y se regaña por buscar la alabanza, pero muchas más cae en el abatimiento que sólo la oración y su constante recurso al Corazón de Jesús consiguen disipar. Se siente sólo, en un mundo que no es el suyo, del que quisiera evadirse:

"Durante el día, especialmente en la tarde me dejo abatir sobremanera; me parece que soy como una gota de aceite en el agua, apesar de que las personas que se me acercan no lo vean. Yo lo siento así y querría volar a una Cartuja; por otra parte considero que soy débil"....

De conciencia muy delicada en lo que respecta a la castidad sacerdotal, que él quiere "absoluta y purísima", no se perdona algunas miradas que él cree indiscretas, y se vigila con rigurosa entereza:

"Tengo que cuidar mis ojos porque por ellos entran afectos inconvenientes a mi alma. Redoblar espíritu de mortificación, y evitar estar en visitas de mujeres. Jesús mío, ¡no te olvides de que soy totalmente tuyo!"

Con justificada razón podía confesar que "no tenía afectos sensibles" y que sólo se preocupaba por entregarse al Señor. Sí, El era el dueño de su corazón, y jamás afectos menos puros compartieron su amor con El.

Muy hondo sentía el amor a los pobres, y siempre había soñado en entregar su vida al apostolado de los necesitados. La acción social era una de sus ilusiones apostólicas. Muy cerca del pueblo, vivía sus problemas, y de su pobreza sacaba recursos para aliviar a los menesterosos. "Era el Obispo de nosotros, de la pobreza, —me decía un chofer de Barcelona— no de los otros"... Ese amor a los pobres le llevó a solucionar sus problemas, principalmente el dra-

mático, que en Barcelona y Puerto La Cruz se hace trágico, de la vivienda popular, y para ello creó el "Instituto Católico de la Vivienda San José Obrero", y él mismo, el Obispo, se iba los fines de semana a su querido Barrio Buenos Aires a trabajar en la construcción de las viviendas de su pueblo. Su sensibilidad popular le hacía sentirse a veces lejos de sus hijos, los desposeídos, y un día consigna en su diario de Tovar con cierto dejo de amargura: **"Me siento muy tieso al pasar junto a los pobres"**. Aquel hombre que parecía a muchos un ser inaccesible sabía abajarse a los humildes, a los niños y a los pecadores, y gozaba evangelizando en los barrios más miserables de su ciudad episcopal. "Voy procurando hacerme al pueblo y pido a Jesús la gracia de llegar a los pecadores", escribía en los primeros meses de sus primicias pastorales. La muerte cortó de un tajo sus grandes planes de acción social, pero su pueblo le supo entender y le supo amar, y envolvió en una mortaja de amor y lágrimas, inolvidable, el cadáver del "Obispo de los pobres".

Sus grandes amores: Tras una apariencia austera y de grave seriedad se escondía un corazón cariñoso, y de exquisita delicadeza afectiva. Imposible subrayar en estas páginas tan rápidas el delicado cariño, en constante afloración en su diario, a su familia, a sus muchachos de la IIIª Camerata del Pío Latino de Roma, a sus amigos sacerdotes... Amor recto y desinteresado, hacia Dios. **Pero sus grandes amores eran sobrenaturales.** Aquel amor tierno y cálido a su "Virgencita"... Es el 15 de septiembre de 1943. Mañana partirá hacia Venezuela. Va al mercado, compra flores, y amorosamente va adornando las imágenes de la Virgen Stma. de su querido colegio romano. De su amor ardiente al Stmo. Sacramento habla toda su vida centrada en la Santa Misa, en la Educación y en su Sacerdocio.

Destaquemos ahora, sin embargo, su amor a Cristo, particularmente lo que él llama "su Chifladura" por el Corazón de Jesús. Hay un rasgo luminoso en su diario. Acaba de aterrizar el avión en Maiquetía:

"En La Guaira encuentro un camión que lleva como título: "DIOS ES AMOR". Yo considero este encuentro como una confirmación del programa de apostolado que he concebido y me alegra el alma... Es viernes, ¡bendito sea Jesús!"
Dios-Amor, el amor de Cristo ilumina toda su vida, aún las sombras de ella.

Se le siente vibrar gozoso cuando consigna en su libreta: **"He hablado del Sdo. Corazón con entusiasmo"** (17 abril, 1949), y abatido: **mi día me parece vacío cuando no hablo de Jesús"**. Para ser más de El ha pedido pertenecer a la Congregación de Misioneros del Corazón de Jesús, y recibe la negativa con dolor, viendo en ello la mano del Señor. Sabe honrar al Sdo. Corazón en espíritu de reparación y penitencia. Veamos cómo celebró su fiesta el 24 de junio de 1949:

"Espléndido. En el amanecer tranquilo, deseoso de honrar al Sdo. Corazón. Ayudo a los

niños de Primera Comunión. Celebro en el cuartel la Misa, por ser día del Ejército. Buenos afectos y deseos. Med. bien. Hasta mediodía hago ayuno y llevo cilicio"...

Y hay que hacer notar que la víspera había estado confesando seis horas seguidas por la tarde.

Consumado en breve: La vida contemplativa, de entrega total a Cristo le atrae irresistiblemente. Sobre todo la Cartuja le fascina. Desde su retiro en la soledad cartujana de Lucca escribe:

"Tengo entrevista con Don Silvano y me confieso. Aparece por todo lo visto y experimentado estos días que tengo muy buenas aptitudes para la vida de cartujo; la única cosa que me hace dudar es mi grande inclinación a la dirección espiritual de las almas; debo, pues, probar este punto en la práctica y observar las diversas manifestaciones que vendrán después y que podrán confirmar mi vocación"... (27 julio 1948).

Su nostalgia por la Cartuja florea su diario espiritual:

"Hace días que siento gran atractivo por la vida de la Cartuja y anhelos de poder llegar allí (25 marzo 1949)".

El Señor va purificando poco a poco aquella alma, cristificándola cada vez más en el crisol de las pruebas interiores y exteriores. EL no le deja en paz. Después de una violenta prueba espiritual escribe: **"Jesús mío, Tú ves todo, guíame por tu camino; no ambiciono otra cosa sino cumplir mi contrato"**... ¡Cuántas veces se repite en sus escritos éste su grito de angustia y al mismo tiempo de confianza en el "divino Pilotó". Es una lástima el que no tengamos su diario espiritual de los tiempos de su Episcopado. Dios quiera que aparezca para que podamos admirar el trabajo de Dios en su alma y su correspondencia a la gracia. Poseemos, sin embargo, este breve escrito de su puño y letra:

"Hoy 8 de abril de 1959, al cumplir mis quince años de Sacerdocio, he releído los renglones escritos en esos tiempos memorables, he tratado de revivir esos delicados sentimientos de entonces y concluyo lo mismo: es imposible reducir a líneas esos delicados sentimientos tan hondos. Jesús mío, mi Sacerdocio es tuyo completamente; ahora soy Obispo y siento más las bondades del Señor que me regala. Cómo querría revivir uno a uno todos los pasos sacerdotales. ¿Cuántas cosas han pasado? ¿Cuántas?"

"De Venezuela a Roma, decía con santo entusiasmo a su vuelta de la visita "ad límina", y de Roma al cielo". Dios quiso llevarle al cielo sin escalas, sin pasar por Roma, ni por su soñada Cartuja, quiso sembrarle en el dolor a las puertas de su ciudad episcopal que quedaron teñidas por su sangre generosa. A su partida de Roma había escrito:

"Lo siento y mi alma a veces se siente partida, pero feliz partidura porque ella la produce la mano del cirujano divino; El sabe qué hay que cortar los lazos que nos atan e impiden la marcha decidida hacia la perfección"...

Sí, el divino Cirujano sabía lo que se hacía cuando quiso trasplantar en dolorosa operación aquel su "amado miembro de la Iglesia de la tierra" para injertarlo en la del cielo.

JUAN M. GANUZA, S. J.